

Piñeiro, Diego E.. Presentación. En publicación: En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina. Diego E. Piñeiro. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

## PRESENTACIÓN

Colección Becas CLACSO-ASDI. 2004. ISBN: 987-1183-08-9.  
Acceso al texto completo:  
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/identidad/Presentacion.pdf>  
Fuente de la información: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe - CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

ESTE LIBRO es el resultado de una investigación llevada a cabo durante los años 2001 y 2002 con el apoyo de una beca del Programa Senior de Movimientos Sociales Agrarios instituido por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) con la cooperación de la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI).

El estudio de las organizaciones y los movimientos sociales agrarios en el cono Sur de América Latina gira en torno a algunas ideas centrales desarrolladas a lo largo del libro. La presencia pública en años recientes de una serie de movimientos como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, el EZLN en México y el movimiento indígena en Ecuador, para nombrar sólo a los más conocidos y presentes en los medios masivos de comunicación, sugería que estaban ocurriendo cambios en las formas de la acción colectiva. A mediados del siglo XX dominaron la escena los grandes sindicatos y organizaciones agrarias, que jugaron un papel clave en el impulso y el sostén político de las reformas agrarias y los procesos de modernización que ocurrieron en muchos países del continente. Sin embargo, años después estas organizaciones se habían debilitado por su proximidad con el poder estatal, se habían constituido en organizaciones de cúpulas, y en algunos casos la cooptación de los partidos políticos y la corrupción las había

deslegitimizado. En otros casos las dictaduras militares de la década del setenta terminaron por desarticularlas y dispersarlas.

Durante las décadas del setenta y el ochenta, campesinos, pequeños y medianos agricultores y ganaderos, trabajadores rurales y trabajadores sin tierra, con tozudez y determinación, vuelven a ensayar formas de organizarse. En un medio la mayor parte de las veces muy hostil, lo hacen desde abajo, desde el tejido social primario, desde los vecindarios, desde las proximidades, construyendo organizaciones barriales, clubes de madres, policlínicas populares, cooperadoras escolares, asociaciones de productores, comités de base, grupos religiosos, etc., con una diversidad y una riqueza inusitada que no existía en las organizaciones anteriores. Pero los criterios organizativos también cambiaron. No sólo había organizaciones productivas que reivindicaban el acceso a la tierra y al trabajo. También reclamaban como productores el acceso al sistema crediticio, a los canales de comercialización, a la tecnología, etcétera. Como ciudadanos, el acceso a la educación, a la atención de la salud, a la vivienda, al derecho a la expresión, a la participación política. Pero también se organizaban los jóvenes y las mujeres, con sus reclamos específicos. Las poblaciones originarias, despojándose de su carácter de campesinos, irrumpían en la escena con reclamos de carácter étnico. Hoy queda claro que la década del ochenta no fue una “década perdida”. Por el contrario, en ella se sentaron las bases para la reconstrucción de las organizaciones y movimientos sociales agrarios que aparecerán ya en la escena pública durante la década del noventa.

Estas organizaciones y movimientos sociales agrarios son muy distintos de los que habían predominado en épocas pasadas. En primer lugar, porque fueron construidos desde abajo y en general tienen un modelo organizacional en el que las organizaciones de base constituyen el soporte y se integran en la organización mayor. En segundo lugar, porque las organizaciones son profundamente heterogéneas en su constitución social: son los campesinos y los pequeños y medianos agricultores, pero no son sólo ellos: se integran las mujeres y los jóvenes, los trabajadores rurales con o sin tierra, los medianeros, los arrendatarios, los *posseiros*, los desplazados por las grandes obras del Estado, los expulsados de la tierra por el cambio técnico y la concentración del capital. Algunos de ellos no tienen inserción ninguna, y como dijera Castel (1997), son los nuevos “inútiles para el mundo”. A veces ni siquiera son ellos, los campesinos, como cuando la organización responde a otros clivajes: el de género cuando se organizan las

mujeres, y el étnico cuando se organizan los pueblos originarios reclamando un lugar en su sociedad. Sorprende también el repertorio de la acción colectiva, por la imaginación que expresan, por la frescura, por el diseño de alternativas diferentes, porque están a la vanguardia de las acciones y jaquean continuamente a sus adversarios. No se desdén ningún instrumento: desde las ocupaciones de tierras hasta la activa presencia en Internet y en los medios de comunicación masiva, pasando por los campamentos, las marchas, las asambleas, las concentraciones, la negociación con el poder político, etcétera. Las organizaciones y movimientos sociales agrarios actuales saben que la lucha es política y que se libra en varios frentes. Es de destacar el carácter pacífico que tienen la mayoría de estas acciones colectivas a pesar de la violencia que impera en las relaciones sociales y aún la violencia física que frecuentemente se obtiene como respuesta.

Pero si la constitución social de quienes integran las organizaciones y movimientos sociales agrarios es heterogénea, ¿qué es lo que los mantiene unidos? ¿Cuál es la amalgama, el cemento que une a individuos que están en distintas posiciones sociales? ¿Cómo se construye la identidad de aquellos que los integran? Estas han sido las preguntas centrales que nos planteamos con esta investigación y a las cuales se intenta dar respuesta a lo largo de este libro. Sin embargo, el investigador nunca sale de la inmersión que implica una investigación como la que hicimos sólo con la respuesta a las preguntas iniciales. En el transcurso de la misma vi cosas que antes no me imaginaba, comprendí mejor otras que sólo intuía, y en todo caso no salí del proceso de investigación igual que al iniciarlo. Estas ideas y discusiones están sintetizadas en el Capítulo VII de este libro y constituyen un intento de aportar al amplio tema de las organizaciones y movimientos sociales agrarios en nuestro continente.

Cabe explicar al lector las razones de la elección de las organizaciones y movimientos estudiados. Por un lado, queríamos estudiar organizaciones campesinas o de pequeños y medianos productores, es decir aquellas que estaban centradas en reivindicaciones que eran propias de una clase social, aunque reconociendo las limitaciones de este concepto debido a la heterogeneidad interna en su composición social. Por otro lado quisimos estudiar a movimientos que, siendo rurales, reivindicasen la condición de género o la identidad étnica como forma de mostrar los nuevos carriles por los que corren los movimientos del campo en la actualidad.

Con la intención de acotar los márgenes de variabilidad y de hacer empíricamente posible el estudio, redujimos la elección de los posibles casos a los cinco países del cono Sur de América Latina. En esta decisión hubo razones sustantivas. Estos países tienen una historia agraria con algunos puntos en común, a pesar de que también tienen diferencias. Pero tal vez en lo que más se parecen es en haber estado inmersos en procesos políticos, económicos y sociales muy parecidos en la segunda mitad del siglo XX. Estos países adhirieron a los procesos de industrialización sustitutiva de importaciones y a las políticas agrarias modernizadoras de mediados de siglo. Durante las décadas del setenta y el ochenta modificaron sus políticas públicas instrumentando procesos de ajuste estructural, estabilización económica y desregulación estatal. Para hacerlo, los sectores dominantes impusieron dictaduras militares. El retorno a los gobiernos constitucionales, el estímulo a los procesos de integración regional con la construcción del MERCOSUR, la profundización de la apertura comercial y la desregulación estatal, la reinserción en los mercados internacionales, la desindustrialización, el predominio de la agricultura empresarial y de los complejos agroindustriales, etc., signaron una camino común durante la década del noventa. Por lo tanto fue posible analizar las organizaciones y movimientos sociales agrarios en un contexto político, económico y social que guardaba muchas semejanzas y algunas diferencias. En términos de Tarrow (1997) intentamos, de esta manera, reducir la variabilidad del contexto para analizar la estructura de oportunidades en que se desarrollaron los movimientos sociales.

Con estas delimitaciones decidimos estudiar las siguientes expresiones de la acción colectiva en el medio rural: el Movimiento de los Sin Tierra en el Brasil; el movimiento campesino paraguayo en sus dos principales expresiones organizativas, la Federación Nacional Campesina y la Mesa Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas; el movimiento mapuche en Chile; el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha en la Argentina; y la Mesa Coordinadora de Gremiales Agropecuarias en el Uruguay. El estudio de cada una de estas organizaciones o movimientos ocupa un capítulo del libro, extendiéndose entonces del Capítulo II al Capítulo VI.

Para realizar el estudio de los procesos de acción colectiva arriba mencionados fue primeramente necesario construir las herramientas teóricas y metodológicas para analizarlos. Por ello en el Capítulo I de este libro se desarrolla una discusión sobre las principales vertientes teóricas de la acción colectiva, que nos permite realizar una opción

teórica y una construcción metodológica que aplicamos para el estudio de los cinco casos. Haber analizado todos los casos con la misma metodología es lo que habilita a una comparación entre los mismos que se realiza en el capítulo final.

En todos los casos los estudios fueron realizados a partir de material secundario. La tarea de recolección fue realizada personalmente, pero en tres casos conté con el apoyo de ayudantes contratados en cada país, cuyos nombres figuran al pie de cada estudio. En dos casos se trabajó también con información primaria recolectada por el autor: en el caso de Uruguay, donde por razones obvias el estudio básico es de mi autoría, y en el caso de Paraguay, en que debí realizar una visita a Asunción y mantener varias entrevistas con líderes campesinos, con técnicos próximos a las organizaciones campesinas y con académicos para poder captar el proceso en toda su magnitud. En el caso del estudio realizado en Argentina del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha, dada mi escasa versación en la cuestión de género, el artículo ha sido escrito en co-autoría con mi compañera, María Elena Lournaga, quien también realizó la tarea de recolección de información en Buenos Aires. Con ella compartimos muchas horas de discusión en torno a la investigación, y me aportó muchas veces miradas diferentes a un tema que permite muchas lecturas.

Finalmente quisiera agradecer a todas aquellas personas e instituciones que con su apoyo, su estímulo, su aporte generoso de conocimientos, han hecho posible esta investigación y la han hecho disfrutable.

En Paraguay conté con la diligente colaboración de María de la Paz Bareiro, del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos. En dicha institución también conté con el apoyo de su Director, el Dr. Luis Galeano, y del personal de la biblioteca de dicha institución para realizar las búsquedas bibliográficas. Tomas Palau, Carlos Bareiro, Ramón Fogel, Quintín Riquelme, Dionisio Gauto y Víctor Bareiro me brindaron sus conocimientos del movimiento campesino y soportaron largas entrevistas. Los dirigentes campesinos Marcial Gómez, de la Federación Nacional Campesina, y Belarmino Balbuena, de la Mesa Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas, pudieron hacerme un lugar en sus agendas y mantuvieron largas entrevistas aportándome su conocimiento y su perspectiva como principales actores del movimiento campesino.

En el caso de Argentina debemos agradecer a la Directora del Grupo de Estudios Rurales, la Profesora Norma Giarracca, quien

generosamente puso a nuestra disposición la documentación reunida sobre el MMAL. A ella y a Karina Bidaseca también debemos agradecerles las conversaciones que mantuvimos sobre esta organización, así como a Ruth Corcuera, asesora del MMAL, que con su aguda percepción nos orientó en algunas ideas claves para comprender las motivaciones de estas mujeres rurales.

Para el caso de Brasil debo agradecer la colaboración inicial prestada por mi ayudante de investigación en el departamento de Sociología, la Lic. Carina Nocetti, en la búsqueda de información en Internet preparatoria de mi visita a la Universidad Federal de Río Grande do Sul. En esta Universidad debo agradecer la colaboración prestada por el Director del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, el Dr. José Vicente Tavares dos Santos, quien además de honrarme con su amistad me facilitó el acceso a la Biblioteca del Instituto, me abrió su nutrida biblioteca personal y me orientó en largas conversaciones sobre el fascinante proceso de construcción de las organizaciones sociales rurales en su país. También debo agradecer al Profesor Zander Navarro una provechosa entrevista y el haberme facilitado un artículo suyo sobre el MST que todavía no había visto la luz.

En Uruguay tengo que agradecer al Lic. Emilio Fernández, que me ayudó con las ocho entrevistas a dirigentes de la MCGA, y que construyó la cronología de acciones de 1999 a 2001 a partir de información periodística y documentos originales de la MCGA. También debo agradecer a los ocho dirigentes de la MCGA que fueron entrevistados, pero especialmente al Dr. Roberto Xavier y a Ubaldo Delgado, que aportaron su entusiasmo y sus conocimientos detallados de la materia que estábamos estudiando para contribuir a que pudiésemos construir una imagen objetiva de la MCGA.

Para el estudio del movimiento mapuche en Chile conté con la eficaz ayuda de la Lic. Patricia Troncoso y la colaboración desinteresada del Profesor Claudio González Parra de la Universidad de Concepción.

Al departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y al Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía, los dos lugares donde trabajo como docente e investigador, debo agradecerles haberme permitido concentrar mis esfuerzos en esta investigación. Agradezco igualmente al equipo de bibliotecarias de la Biblioteca del Departamento de Sociología, que en todo momento me apoyaron en la búsqueda de bibliografía para poder cumplir con mis objetivos.

Aunque ellos no lo sepan, tengo una deuda con Jose Bengoa y con Bernardo Mançano Fernandes. El primero es autor de tres libros sobre los mapuches y la cuestión indígena que fueron mi guía para penetrar en un tema que me era absolutamente desconocido. Por su estilo y su perspicacia, estos libros me instruyeron y me permitieron disfrutar de horas de una amena lectura. El segundo es autor de dos documentados libros que, por transmitir la perspectiva de la organización social, fueron mi referencia básica para el estudio del MST. En ambos casos espero haber dejado claro, ya que los cito frecuentemente, mi deuda intelectual con ellos.

Quisiera agradecer a CLACSO por haber instituido este Programa de Becas de Investigación que permite a investigadores latinoamericanos reflexionar sobre la realidad de su continente sin los sobresaltos económicos y las discontinuidades que son comunes en nuestras instituciones académicas. A Bettina Levy, quien supervisa el Programa desde CLACSO, que tuvo la paciencia para esperar a que esta investigación estuviese terminada. A ASDI, por el apoyo económico que hizo posible la creación del Programa de CLACSO, y mediante el mismo, el desarrollo de esta investigación.

Finalmente quiero agradecer a mi familia, a María Elena, ahora en rol de esposa, y a mi pequeño Agustín, a mis hijos y nietos, el aliento en los momentos difíciles que tiene cualquier investigación y el apoyo afectivo sin el cual la tarea intelectual no hubiese sido posible.

Montevideo, agosto de 2003